

San Martín de mis amores

Por Mónica Reyna Saavedra

Habiendo crecido en Lima en la costa del Pacífico Sur rodeada de edificios y largas avenidas, la idea de viajar a Lamas en el departamento de San Martín en la selva amazónica, la tierra de mi madre, ¡me fascinaba! No veía las horas de estar en el avión y ver desde lo alto cuando cruzábamos la Cordillera de los Andes. El reflejo del sol brillante sobre esa sábana de nieves eternas que cubren las montañas más altas que se erigen una tras otra compitiendo en majestuosidad, enceguecía y embelesaba. Y aún más espectacular se volvía el paisaje a medida que nos acercábamos a nuestro destino. Ríos que en la distancia se veían chiquitos, como laberintos serpenteantes entre esa alfombra jade, enredadera de flora exótica, virgen y salvaje, albergue de criaturas alucinantes, muchas de las cuales tal vez solo vivían en mi imaginación.

Camino a casa de mi abuelo, los grandes iban en la cabina de una vieja camioneta, apretujados porque había que aprovechar el espacio. A los niños nos tocaba viajar en la parte de atrás con las maletas, las encomiendas para la familia - había que llevar regalitos para los primos más pequeños que disfrutaban imitando nuestro acento limeño al hablar - y demás bultos de cajas de cartón amarradas con cintas de colores que las diferenciaban de los bultos ajenos. Íbamos sentados en los bordes y de espaldas a la pista, dando brincos mientras avanzábamos por un trecho sin asfalto de la carretera marginal de la selva; las llantas rodando sobre un camino de greda ocre y piedras, respirando el humo que salía por el tubo de escape. El viento caliente soplando en mi cara mientras tragaba el polvo que levantaban las llantas no era impedimento para admirar el azul intenso del cielo (¡tan diferente al cielo gris de la Lima que hoy extraño tanto!), y pensando en las mil y una cosas que quería hacer.

Quería ir caminando a la “chacra” de papá Roberto. Bajar a la poza a traer agua para tomar, y ver a las “yanasitas” yendo de prisa sosteniendo en la cabeza sus tinajas de barro con una destreza que solo se adquiere con la práctica de toda una vida, manteniendo el equilibrio haciendo ver que era cosa fácil, con los pies descalzos y los talones callosos que ya parecían cómodas suelas que amortiguaban sus pasos y eran insensibles a la temperatura ardiente del suelo que pisaban. Bañarme bajo cascadas naturales de agua fresca adornadas de múltiples arco iris que aparecían en forma desordenada por doquier. Salir al huerto y recoger todas las guayabas y ciruelas que cupieran en mi camiseta que jalaba y estiraba llenándola todita como si fuera bolsa, y comerlas a escondidas para no compartirlas con nadie. Dar un paseo en moto con mis primas gritando y riendo como loca mientras mi pelo volaba a la velocidad del viento, cacheteándome y acariciándome al mismo tiempo, envolviéndome en torbellinos de adrenalina pura. Y muchas cosas más.

Entrando al pueblo grupos de niños corrían persiguiendo la camioneta y gritando: “¿De Lima vienen, oye?... ¡De Don Roberto son su familia!... ¡De Lima dice vienen!” ¡Me sentía una celebridad! ¡Y no quería que esos momentos se terminasen nunca! Llegábamos para celebrar la tradicional fiesta de San Juan el 24 de junio. Una de las fiestas más grandes de los pueblos del oriente peruano impuesta en los tiempos de la conquista en

honor a Juan Bautista. Dice la leyenda que el mismo Dios eligió a Juan Bautista como el Patrón de la Amazonía.

En las cocinas de las casas entre paredes sin puertas casi al aire libre, las mujeres ya hervían las gallinas para los famosos “juanes” en unos ollones donde hasta yo cabía con mi metro y tanto de estatura. En la casa de papá Roberto, siguiendo el camino enladrillado, largo e inclinado que bajaba a la antigua cocina, seguía ahí, bien al fondo, desierta y abandonada, la cocina de mi abuelita Aguchita... Y yo creía sentir todavía el olor a leña. La imaginaba a ella en plena labor como sé que lo hacía, atareada atrapando las gallinas, cantando y haciendo los “juanes” con sus manitas gorditas y blancas que cocinaban como los Dioses. Nadie los hacía como ella. Y más abajo cerca del huerto, mi mamá de unos diez años, fastidiando a sus hermanos, jugando con su vestido blanco comprado en Iquitos en un bazar inglés, mojándose los pies en la “cochita” y enlodándose sin importarle nada, a pesar que su mamá Aguchita le había enseñado que una niña educada como ella no debía andar sin zapatos. La abuelita Aguchita era un ángel, no solo por su belleza sino por su bondad y porque lo que le sobraba era amor para sus hijos y para el prójimo. Pero como suele pasar con las almas buenas, se fue muy pronto para ser un ángel de verdad, cuando mi mamá apenas entraba a la pubertad. ¡Si tan sólo pudiese traerle a su mamá de regreso!

Por las noches nos reuníamos en la puerta de la casa de papá Roberto. Los Lamistas además de ser gente espontánea de una alegría contagiante, son muy creativos y de una imaginación muy fértil, y disfrutaban contando sus relatos a los niños y a los recién llegados.

En aquel tiempo no había luz eléctrica, y a falta de televisión, el entretenimiento pasaba a ser la conversación y la narración de leyendas locales.

Nos sentábamos afuera con las puertas abiertas de par en par, los grandes en sillas tejidas de cuerdas plásticas y en mecedoras de madera y mimbre; los niños en el piso con los ojos y los oídos bien abiertos, alumbrados con la luz de las lámparas a kerosene, viendo pasar la gente mientras escuchábamos con atención. Y así como de día disfrutábamos del sol, de noche apreciábamos el cielo inundado de estrellas... infinitas... eternas. Así también son las historias. Hay muchas, muchas, incontables... y viven por años en la memoria de quienes las conocen. Por eso las historias hay que guardarlas, cuidarlas para que no mueran, y hay que transmitir las de generación en generación. Eso, los Lamistas lo saben muy bien.

Esa noche hablaron sobre la Runamula que es una mujer adúltera, que es mitad mujer y mitad mula. También contaron sobre el Chullachaqui; ese duendecillo que se aparece en las afueras o en las chacras en la forma de un ser querido con la intención de llevarse a un cristiano, pero que en vez de pie izquierdo tiene una pata de jaguar. O el temido Tunchi, que se aparece por las noches a llevarse a los que se portan mal.

¡La celebración de San Juan fue todo un éxito! La gente salió a mares a danzar La Pandilla por todo el pueblo, hasta el cansancio, con los brazos entrelazados dando pasitos cortos como brincando, empujándose unos a otros al ritmo de la vibrante música de la selva. El pueblo entero comió los deliciosos juanes de arroz con huevo, aceitunas, presas de gallina de chacra y “sachaculantro”, envuelto en hojas de plátano – Bijao - que es lo que le da ese sabor tan especial que tiene.

Está demás decir que para una niña como yo que estaba acostumbrada a la vida de ciudad cerca de la playa y el mar, cualquier experiencia propia del campo y de la selva era una aventura que quería que durase por siempre. Recuerdo mucho la última noche: Escuchaba la voz de mis padres susurrando tratando de no despertarme, cuando en realidad la conciencia por la travesura cometida no me dejaba dormir. Había un ruido en la habitación que los había despertado. “Toc, toc.” En la oscuridad absoluta de la noche, de esa que solo se compara con la que encuentras en alguna caverna subterránea a muchos metros de la superficie, con el ruido lejano del chirrido de los grillos, mi papá le urgía a mi mamá a que prendiera el lamparín sin hacer ruido para poder escuchar de dónde provenía la bulla. “Toc, toc.” Especulaban... ¿Y si es una víbora? ¿O una tarántula gigante y peluda? Tal vez sea solo una tortuga o un ratón. ¡Con tantos insectos y reptiles propios del área en realidad las opciones eran más que los dedos de las manos! Cabe decir que siendo de Lima, mi papá no era precisamente un experto cazador. El ruido venía de uno de los cajones. Mi papá bien valiente, habría de convertirse en el héroe salvador de la familia, y así, inflando el pecho tomando aire profundamente, agarró un palo que atascado, servía de tranca detrás de la puerta, lo enganchó en la manija del cajón, ¡y jaló con fuerza! Y ahí, cuidadosamente envuelta en un pañuelo de seda, encontraron una codorniz de las que criaba mi tía Morita, que ansiosa por desplegar sus alas y volar hacia la libertad, picoteaba la madera sin parar exigiendo la dejaran salir. Resulta que yo había escondido el avecilla, con la intención de llevármela conmigo a Lima como recuerdo de tan lindo viaje.

No me dejaron llevar la codorniz porque no podía subirla al avión. Pero lo que si me lleve fueron los recuerdos y las experiencias vividas. Conocí mis raíces, mi familia, mi gente; y hoy puedo contarles a todos de dónde vengo y quién soy. Puedo compartir mi herencia cultural y dejar mi legado. Puedo contar mi historia que ahora vive en mí, para que viva también en el corazón de mis hijas y mis nietos, como papá Roberto y abuelita Aguchita viven en nosotros. Porque las historias no viven por la voz de quien las narra, sino por el oído de quienes las escuchan.